

Suicidio y modernidad: una reflexión sociológica sobre el lugar de la escuela en la producción de narrativas vitales

Suicide and modernity: a sociological reflection on the role of the school in the production of life narratives

Recibido: 23 de septiembre 2024 Evaluado: 25 de febrero 2025 Aceptado: 30 de abril 2025

Dario Hernán Arevalos

Autor correspondiente: darevalos@filo.uba.ar

<https://orcid.org/0000-0002-2154-3763>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Universidad de Buenos Aires (UBA)

Como citar

Arevalos, D. H. (2025). Suicidio y modernidad: una reflexión sociológica sobre el lugar de la escuela en la producción de narrativas vitales. *Revista EDUCA UMCH*, (26), 181-201. <https://doi.org/10.35756/educaumch.202526.331>



© El autor. Este artículo es publicado por la Revista EDUCA UMCH de la Universidad Marcelino Champagnat como acceso abierto bajo los términos de la Licencia *Creative Commons Atribución* 4.0 Internacional (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>). Esta licencia permite compartir (copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato) y adaptar (remezclar, transformar y construir a partir del material) el contenido para cualquier propósito, incluido el uso comercial.

<https://revistas.umch.edu.pe/index.php/EducaUMCH/index>

revistaeduca@umch.edu.pe

Resumen

El suicidio es un tipo de muerte cuya significación se liga a ciertas construcciones morales, religiosas, intelectuales, culturales y políticas que configuran las sensibilidades de una época determinada. Este artículo propone una serie de aproximaciones teóricas sobre las relaciones entre el suicidio y la construcción sociocultural del dolor en la modernidad. Se establece un diálogo entre estudios de autores clásicos y contemporáneos de la sociología, con el objeto de abrir un campo de reflexión sobre el sinsentido que atraviesa las biografías de las juventudes contemporáneas. Se recupera el valor simbólico de la escuela para la estructuración de narrativas vitales. Se concluye que el suicidio debe pensarse desde una perspectiva compleja que considere tanto factores individuales como contextos sociales. En este marco, recuperar el valor simbólico de la escuela puede ser clave para construir sentidos colectivos y prevenir el sufrimiento psíquico de las nuevas generaciones.

Palabras clave: *suicidio, modernidad, juventud, educación.*

Abstract

Suicide is a type of death whose meaning is linked to certain moral, religious, intellectual, cultural, and political constructions that shape the sensitivities of a given era. This article proposes a series of theoretical approaches to the relationship between suicide and the sociocultural construction of pain in modernity. A dialogue is established between the works of classical and contemporary sociological authors, with the aim of opening a space for reflection on the sense of meaninglessness that runs through the lives of contemporary youth. The symbolic value of the school is recovered as a key element in the structuring of vital narratives. It is concluded that suicide must be understood from a complex perspective that considers both individual factors and social contexts. In this framework, reclaiming the symbolic role of the school may be crucial for building collective meaning and preventing the psychological suffering of new generations.

Keywords: *suicide, modernity, youth, education.*

Introducción

El suicidio es un tipo de muerte que ha estado presente a lo largo de la historia humana y en diferentes sociedades. Las significaciones que se le ha atribuido fueron variando de acuerdo a ciertas construcciones morales, religiosas, intelectuales, culturales y políticas que ordenan a la vida colectiva en el marco de una determinada época.

En las sociedades medievales regidas por la Iglesia de Roma, el suicidio era considerado un crimen, y, en consecuencia, uno de los peores pecados humanos porque atentaba contra el destino trascendental que le correspondía a cada quien (Szapu et al., 2022; Szapu, 2024). Frente a ello, los familiares del difunto buscaban ocultar las casusas de su muerte para no recibir la condena y expulsión por parte de la institución eclesiástica. Las razones no solo eran religiosas, sino también económicas, dado que, si la víctima era el hijo mayor, el heredero por derecho divino, los demás integrantes del grupo familiar eran despojados de todos sus bienes (Cohen-Agrest, 2012).

En la Modernidad, la preocupación por los individuos que se daban muerte se desplazó desde la condena moral o religiosa hacia su comprensión desde el punto de vista científico. En este marco, la sociología puso en el centro de la discusión la relación entre el individuo que pone fin a su existencia y el contexto social donde se encuentra inmerso. Este artículo propone una serie de aproximaciones teóricas sobre las relaciones entre el suicidio y la construcción sociocultural del dolor de la vida moderna. Se establece un diálogo entre los estudios de autores clásicos y contemporáneos de la teoría social con el objeto de abrir un campo de reflexión sobre el sinsentido que atraviesa las biografías de las juventudes contemporáneas. Se recupera el valor simbólico de la escuela para la estructuración de narrativas vitales.

El suicidio y la construcción sociocultural del dolor en la Modernidad

En este apartado proponemos una serie de aproximaciones teóricas sobre las relaciones entre el suicidio y la construcción sociocultural del dolor de la vida moderna. Se establece un diálogo entre los estudios de autores clásicos y contemporáneos de la sociología que caracterizan el sinsentido de individuos y grupos a partir de las

significaciones que asume dicha emoción. El recorrido por estas contribuciones nos permite interpretar que el suicidio expresa:

- El dolor que deviene del estado moral de cada sociedad,
- El dolor frente a las injusticias del capitalismo,
- El dolor a partir de la ruptura del equilibrio colectivo,
- El dolor frente al debilitamiento de las valencias afectivas
- El dolor que deviene del estado moral de cada sociedad

El estudio pionero de Durkheim *El suicidio. Un estudio de sociología* (2004), concibe al suicidio como un hecho social que no puede ser interpretado por factores individuales sino a través de las formas de cohesión de cada sociedad. Esta perspectiva se opone a los discursos hegemónicos de fines del siglo XIX que lo circunscribían a enfermedades mentales, a estados psicopáticos de los individuos o bien a los acontecimientos de la vida privada con independencia de la estructura social.

El autor sostiene que el suicidio involucra “todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, llevado a cabo por la propia víctima que sabía que iba a producir ese resultado” (Durkheim, 2004, p.22). A diferencia de la definición proveniente desde el ámbito forense que distingue a este tipo de muerte a partir de la intencionalidad del individuo de terminar con su existencia física (Cohen-Agrest, 2012), aquí se pone el acento en la previsión, en la capacidad de anticipar el resultado de la acción sin importar si se ha tenido o no intenciones de morir, pues “la intención es algo demasiado íntimo para poder adivinarla desde afuera con algo más que burdas aproximaciones” (Durkheim, 2004, p.20). El suicidio incluye, por tanto, las muertes por comisión como aquellas por omisión, que suceden, por ejemplo, cuando una persona fallece luego de arriesgar su salud por negligencia.

Una de las contribuciones más sustantivas de este estudio consiste en plantear que el suicidio no constituye “una clase aislada de fenómenos monstruosos, sin ninguna relación con las demás formas de conducta [social]” (Durkheim, 2004, p.23). El dolor de individuos y grupos se significa de acuerdo al estado moral de cada sociedad a partir de sus modos de regulación e integración.

Existen dos tipos de suicidios relativos al modo en que la comunidad reglamenta la vida de las personas: el suicidio *anómico* y el *fatalista*. El primero sucede en sociedades que se encuentran transitando profundas transformaciones o crisis morales¹, y, en consecuencia, están atravesadas por un estado de anomia, es decir, un debilitamiento en el poder de las normas que regulan a lo colectivo. En este marco, el individuo al no reconocer lo legítimo o lo injusto es arrastrado por un estado anímico de desesperación que lo puede conducir al sinsentido.

El segundo, escasamente desarrollado por el autor, ocurre en sociedades de reglas rígidas en las cuales los individuos quieren escapar de las situaciones de opresión o de esclavitud en las que viven. El suicidio fatalista está en el otro extremo del suicidio anómico, debido a que es resultante de un exceso de reglamentación y en consecuencia de despotismo material o moral de una sociedad determinada. A este respecto, el autor sostiene que el “carácter ineluctable e inflexible de la norma contra la que no se puede luchar” hace que el porvenir del individuo se encuentre limitado y sus pasiones estén “violentamente sometidas por una disciplina opresiva” (Durkheim, 2004, p.374).

En relación con las muertes relativas al modo en cómo los individuos están integrados a la sociedad, se encuentran el suicidio *altruista* y el *egoísta*. Ambos ponen de manifiesto un profundo desequilibrio entre el yo y su comunidad, en un caso, debido a una insuficiente individuación y, en el otro, a causa de una individuación desmesurada. Ello es así, en la medida que “cuando el hombre se margina de la sociedad, se mata fácilmente, pero también cuando está demasiado integrado en ella” (Durkheim, 2004, p.285).

¹Durkheim encuentra que no existe una relación directa entre el suicidio y las crisis económicas que dan lugar a una vida de miseria entre los individuos. Si bien, la tasa de suicidio en sociedades atravesadas por desastres económicos puede aumentar, en términos comparativos, sucede lo mismo en sociedades con prosperidad económica. Ello se debe a que los deseos humanos son ilimitados y, en consecuencia, las insatisfacciones de los individuos con la vida, aun en condiciones de crecimiento económico, también lo son. En efecto, las crisis de las sociedades que están en la base del suicidio anómico están dadas fundamentalmente por una perturbación del orden colectivo causado por la ausencia de un poder moral regulador de las pasiones humanas.

El suicidio altruista es característico de sociedades fuertemente cohesionadas e integradas con una escasa división social del trabajo. Allí la conciencia individual y la conciencia colectiva no se distinguen. El sujeto al encontrarse subsumido a su comunidad siente que su yo no le pertenece, ni sus pensamientos, ni sus comportamientos, ni su existencia individual. Es por ello que, frente a determinadas circunstancias, puede ser conminado a ofrendar su vida por su comunidad, para convertirse en un mártir o en un héroe.

Este tipo de muerte, bastante frecuente en los pueblos primitivos, no acontece porque el individuo desea morir sino porque siente que “debe” hacerlo, de lo contrario, sufrirá la pérdida de la estima social. De hecho, en algunos pueblos, las personas que se rehúsan a dar la vida por lo colectivo les son negados “los honores habituales de los funerales” (Durkheim, 2004, p.288).

En el otro extremo nos encontramos con el suicidio egoísta que deviene de las condiciones de vida de la Modernidad. Este tipo de muerte es expresión de un profundo aislamiento emocional entre los individuos debido a que su comunidad no está lo suficientemente cohesionada o bien las normas que las rigen otorgan demasiada autonomía a cada uno de sus miembros. Acontece en sociedades con una profunda división social del trabajo en las que los individuos se especializan en una actividad y a raíz de ello se produce una separación progresiva entre la conciencia personal y la conciencia colectiva.

La desconexión afectiva en el seno del tejido social puede engendrar un exceso de individualismo cuya consecuencia no deseada es la desintegración de los lazos humanos y la imposibilidad de poder constituir vínculos de solidaridad. La exaltación de una moralidad individualista se traduce en el hecho de que la persona se desentiende de lo colectivo y se subordina a sus propias decisiones personales, entre las cuales se encuentran la renuncia a seguir viviendo. La tendencia a poner fin a la propia vida pone de manifiesto el hecho de que el yo social es absorbido por el yo individual y, en efecto, toda actividad con los otros queda desprovista de objeto y de significado.

El suicidio egoísta, tiene puntos de contacto con el suicidio anómico debido a que en ambos casos la sociedad resulta insuficiente para el individuo. Sin embargo, mientras que en el suicidio anómico la sociedad se encuentra ausente en cuanto a las normas que regulan a las pasiones humanas, en el suicidio egoísta la insuficiencia de lo social se debe a la falta de acción colectiva que les dé un encuadre común a los propios objetivos individuales.

A partir de esta caracterización, Durkheim va a aducir que en cada comunidad existe una inclinación colectiva al suicidio. El egoísmo, el altruismo y la anomia de las distintas sociedades significan al dolor individual y colectivo que está en la base del sinsentido de la existencia.

- ***El dolor frente a las injusticias del capitalismo***

El segundo caso trata de la muerte de una mujer cuyo marido perteneciente a los sectores acomodados había sufrido una enfermedad que le deformó el rostro. Ante las burlas generalizadas, las miradas reprobatorias y discriminaciones vividas por parte de su círculo social, el hombre decide llevarse a su esposa a vivir en el aislamiento, en una de sus casas ubicada en el campo. Recluidos de la vida pública, la mujer era el único reducto de orgullo y consuelo que le quedaba. Sumergidos en una vida de profunda soledad donde “las persianas se cerraban de la mañana a la noche”, la vida conyugal se transformó en una situación de esclavitud y reclusión. En palabras de Marx²:

La desgraciada esposa fue así condenada a la esclavitud más intolerable, controlada por el señor M. con la ayuda del Code Civil (Código Civil) y el derecho de propiedad. Base de las diferencias sociales que vuelven al amor independiente de los libres sentimientos de los amantes y permitía al marido celoso encerrar a su esposa con los mismos cerrojos con los que el avaro cierra los baúles de su cofre. La mujer es parte del inventario (Marx, 2012, p. 83).

² El traductor de la obra aclara que este párrafo no encuentra su equivalente en Peuchet, de modo que pertenece exclusivamente a Marx.

La vida de la mujer se ensombrecía con las agresiones, los celos injustificados, la privación hacia toda actividad de distracción y las amenazas permanentes del marido a desfigurarla. Frente a este hecho, la esposa cayó en una profunda depresión y decidió quitarse la vida anudando el ruedo de su falda en torno a sus pies y tirándose a un estanque de agua.

El tercer caso es el de una mujer de apariencia refinada que interceptó en la calle a un médico para suplicarle auxilio debido a que se encontraba con un embarazo no deseado y se sentía afligida por la deshonor familiar y la percepción de que la “gente honorable” de su alrededor no se lo iba a perdonar jamás. Según sus palabras, ella se había aprovechado de la confianza y estima de una mujer, quien se encontraba furiosa y había abandonado a su marido. Si bien su deseo era matarse y no abortar, había alguien quien le había suplicado que busque otra solución, por ello interpeló al médico para que la ayude resolver el problema. Ante la solicitud, el médico, luego de analizar la situación, con mucho pesar, le dio una respuesta negativa y la mujer se alejó rápidamente. Quince días después, los periódicos informaron que una joven de dieciocho años, sobrina de un banquero, se había quitado la vida en un pozo de agua de la propiedad de quienes habían asumido el papel de su tutela.

El cuarto caso refiere a Tarnau, un hombre que había sido destituido del puesto de trabajo de la guardia de oficiales de la residencia del rey. Debido a su edad avanzada ya no podía incorporarse al mundo militar, el sector industrial le estaba vedado por falta de conocimientos y tampoco tuvo suerte en la administración civil. Tarnau, vivía con su esposa, una pobre costurera y sus dos hijas de dieciséis y dieciocho años que trabajan con ella. Frente a esta situación, al no querer sentirse una carga para su familia, el hombre decidió quitarse la vida y dejar una carta donde encomendaba a sus hijas a la duquesa Angoulême.

Los casos de suicidio descriptos por Marx, dan cuenta del sufrimiento de los individuos a raíz de la violencia familiar, de género, económica e institucional de las sociedades capitalistas de principios de siglo. Ponen en evidencia las situaciones de opresión que atraviesan fundamentalmente, a los grupos sociales como las mujeres o los individuos que viven en condiciones de pobreza. Nos permiten pensar en los procesos de

dolor social a raíz de las injusticias de la vida colectiva donde “existen millones de almas que se encuentran en la más profunda soledad [al tiempo que están movilizadas] por el deseo inexorable de matarse sin que nadie pueda sentirlo” (Marx, 2012, p.71).

- ***El dolor a partir de la ruptura del equilibrio colectivo***

Maurice Halbwachs, en su obra *Les causes du Suicide* (1930), sostiene que el número de suicidios de una cierta comunidad es un indicador valioso para comprender la cantidad de dolor entre los individuos producto de “una ruptura del equilibrio colectivo” (Halbwachs, 1930, pp.448-449). Aun cuando en apariencia el suicidio sea una expresión cabal de la singularidad, nunca deja de conservar su carácter eminentemente social. Los motivos por los cuales un individuo se suicida habitan dentro de éste, pero también afuera. En tanto ser social, en el momento de emprender el acto de darse muerte, no puede desprenderse de los *marcos sociales* de la memoria colectiva que son recreadas por sus sensibilidades y pensamientos (Halbwachs, 2011).

A partir del análisis de diversas fuentes estadísticas relativas a los suicidios de los países de Europa occidental y central, propone una discusión sobre las conclusiones a las que había arribado Durkheim en su estudio acerca de este fenómeno treinta y tres años antes. Halbwachs (1930) considera que la definición durkheimiana del suicidio es demasiado amplia. De acuerdo con su perspectiva, Durkheim ubica dentro del suicidio altruista al soldado que corre hacia una muerte segura con el objeto de salvar a su país o el mártir que muere por su fe para salvaguardar a su grupo confesional. En ambos casos el individuo está íntimamente subordinado a la sociedad y no duda en sacrificar su vida por ésta. A este respecto, se pregunta ¿en qué sentido el suicidio es producto de un acto de voluntad individual?

Frente a este interrogante intenta demostrar que las acciones orientadas a terminar con la propia vida solo en apariencia están fundadas en la mera decisión personal. Ello es así, debido a que no resulta fácil distinguir las imposiciones del grupo que conminan al individuo a ofrendar su vida por la tribu, la sociedad religiosa o la nación, de aquella que le concierne a una motivación interior. Si bien es cierto que las creencias en virtud de las cuales la persona que se sacrifica nunca deja de ser suyas; no puede resultar menos

importante que ésta marche hacia la muerte sin ningún tipo de entusiasmo, es decir, asuma morirse por resignación a sus causas, pero no a sus efectos.

Para Halbwachs (2011), lo que Durkheim caracteriza como suicidio altruista, debe ser entendido en términos de *sacrificio* donde el individuo se ha rendido a las costumbres y a las leyes del grupo sin poder encontrar otra salida. ¿Cuáles son las diferencias entre ambos tipos de muerte que nos conduce a un acercamiento sobre las causas del suicidio descritas por el autor?

El sacrificio es un acto presidido por la sociedad quien lo organiza públicamente, aconsejando y sugiriendo la adhesión tácita de sus miembros a dar la vida por ésta. Luego de consumado el acto, lo consagra mediante conmemoraciones tales como oraciones a sus mártires o rindiendo honores a sus militares. El suicidio, por su parte, no necesariamente constituye un acto público. Quien toma acción para darse muerte, por lo general, suele esconderse retirándose de un mundo donde ya no hay lugar para él. En las sociedades modernas, este modo de acabar con la propia existencia recibe una condena social porque los individuos abandonan la vida sin tomar en consideración lo que sentirán los demás. Y, a su vez, porque siendo la libertad y la felicidad las razones por las cuales los individuos luchan por vivir, quien asume a la vida como algo que no vale la pena ser vivida es considerado un cobarde.

Es importante advertir que todo aquel que se encuentra en la antesala de un suicidio no puede despojarse de los pensamientos del grupo del cual forma parte. El suicidio, en efecto, ocurre a raíz de distintas experiencias de sufrimiento que devienen de la existencia colectiva. Una de ellas refiere a las situaciones de humillación que conduce a ciertos individuos a quitarse la vida para visibilizar el daño que le han causado. En estos casos, no se matan a favor de ciertas convenciones e imperativos colectivos, sino en contra de la sociedad o de quienes la representan de algún modo. Otro motivo de sufrimiento se liga a los sentimientos de culpa de los que han cometido un crimen, un delito o faltas menos graves (por ejemplo, se sienten responsables por el desamparo económico en que se encuentra su familia). Aquí, lejos de rebelarse contra la sociedad, quienes deciden morir por tales motivos la obedecen convirtiéndose en objeto de la justicia social. Finalmente, el suicidio acontece a partir de la frustración de los que no

pueden resistir las adversidades de la vida y, en efecto, sienten que el destino les ha jugado en su contra.

Halbwachs (2011) afirma que cuando la tasa de suicidio aumenta, es señal de un incremento de las desesperaciones, angustias, humillaciones y descontentos dentro de un grupo. Incluso, coincidiendo en este aspecto con Durkheim, las sociedades desarrolladas, donde aumentan los medios para satisfacer los deseos y aspiraciones, tienen como contrapartida un mayor número de necesidades que podríamos satisfacer y, en consecuencia, un incremento de las frustraciones humanas.

El número de suicidios en una sociedad dentro de un período determinado, sin embargo, no da cuenta de la complejidad de sus causas. El suicidio constituye un fenómeno sociológico complejo y total y, por lo tanto, precisa ser explicado a partir del entrelazamiento entre las transformaciones sociales, religiosas, políticas, económicas, y los hábitos, pensamientos y sentimientos de las personas.

- ***El dolor frente al debilitamiento de las valencias afectivas***

Desde la sociología figuracional de Norbert Elias, se postula que la muerte ha sido siempre y en todo lugar “un problema de los vivos” (Elias, 1989, p.12). El hecho de ser conscientes de nuestra propia finitud conmueve los cimientos que sostienen los sentidos de nuestra vida. Es importante remarcar que Elias no aborda específicamente al suicidio como unidad de análisis, sin embargo, sus contribuciones acerca de las transformaciones en la estructura emotiva de los individuos frente a la muerte desde una mirada de largo plazo nos permiten comprender los procesos de dolor social que devienen de una pérdida significativa.

En su obra *La soledad de los moribundos* (1989), sostiene que en la Modernidad la muerte se ha ido escondiendo de manera progresiva detrás de las bambalinas de la vida colectiva como resultado del empuje civilizador que ha caracterizado a las sociedades occidentales desde el Renacimiento hasta nuestros días. La pacificación de lo social a raíz del monopolio de la violencia física de los Estados modernos, ha contribuido a la expulsión de la muerte de la vida social. En este marco, los individuos ya no mueren en

el espacio público o en sus hogares³ sino en soledad, generalmente, en ámbitos especializados como los hospitales o asilos para ancianos, despojados de la contención de los seres queridos que dejan de participar de este proceso.

Según Elias, la idea de que al morir estemos solos se corresponde “con el mayor acento que también recibe en este periodo la sensación de que estamos solos en la vida” (1989, p.42). En las sociedades Modernas a partir del alto grado de individualización social, el sentimiento de soledad estructura nuestra personalidad hasta la llegada de la muerte. El aislamiento emocional en la vida colectiva impide el paso de los impulsos emocionales dirigidos hacia los demás estructurando una percepción distorsionada acerca de que la existencia es autónoma respecto de las otras, en la medida que el “yo” se desentiende de lo social como condicionante de las propias emociones. La sociedad se impone en el imaginario colectivo como una masa de “personas grises e indiferenciables” que amenaza con rebajar a sus individuos a un mismo nivel y limita a todo ser humano particular “el pleno desarrollo y cumplimiento de todas sus posibilidades” (Elias, 1990, p.70). La sensación de que el mundo exterior se opone al propio mundo interior evoca la imagen de la sociedad como una “carcelera” que impide al individuo salir de su celda hacia la vida (Elias, 1990).

La búsqueda de libertad, autonomía e independencia frente a las presiones exteriores establece un muro simbólico entre los sentimientos propios y ajenos. Esta distancia emocional produce formas específicas de satisfacción, pero también de vacío, dolor, descontento, desdicha y malestar debido a que se debilitan los lazos afectivos que posibilitan tramitar en compañía los acontecimientos que nos conmueven. Bajo estas condiciones de época la irrupción de la muerte de un ser querido afecta de manera particular el proceso de duelo. La pérdida de un otro significativo además de ser vivenciada como una pérdida de sí, donde la persona que ha fallecido es vista como parte o extensión de uno mismo, es reprimida por el individuo dado que la sensibilidad social

³ Recuperando los estudios de Philippe Aries, Elias (1989) sostiene que en Edad Media la muerte era un acontecimiento público. Si no moría en la guerra en defensa del señor feudal, el hombre medieval al percibir que su vida se encontraba en peligro por alguna enfermedad, organizaba su lecho de muerte en el hogar. Allí era visitado por familiares, amigos, niños y algunos vecinos. El moribundo participaba activamente en la extremaunción para despedirse de su tránsito por el mundo y prepararse para el camino eterno.

hacia la muerte alrededor de la cual se construyen los tabúes modernos lo condiciona a poder hablar abiertamente de ésta sin que ello provoque repulsión y desagrado.

En los casos de suicidio, la dificultad para tramitar junto a otros la pérdida de un ser querido traduce una ruptura de las *valencias afectivas*, estructurantes de la convivencia social en tanto individuos interdependientes (Elias, 2008). Las condiciones socioculturales de represión de la muerte que limitan al individuo la afirmación emocional junto a los demás se inscriben como huellas del dolor en la biografía social. El muro simbólico entre los sentimientos propios y ajenos cierra la posibilidad de establecer “verdaderos lazos afectivos” [que fundan] “la relación con un nosotros” (Elias, 1990, p.156) y hace que la vida quede desprovista de significado colectivo.

Método

Para este artículo se aplicó la técnica de investigación documental (Reyes-Ruiz & Carmona Alvarado, 2020) mediante la cual se sistematizó en fichas de trabajo información de tipo bibliográfica (libros, artículos publicados en revistas científicas, documentos de organismos no gubernamentales) referida al suicidio y su relación con la construcción sociocultural del dolor en la Modernidad. La utilización de datos secundarios como fuente de información tuvo por objetivo el diálogo entre enfoques, ideas y categorías sociológicas que nos permita una comprensión acerca del sinsentido de las juventudes contemporáneas y del valor simbólico de la escuela para la estructuración de narrativas vitales.

El suicidio como dolor social. El lugar de la escuela

El suicidio es un fenómeno cada vez más frecuente entre la juventud, lo cual lo posiciona como tema de agenda tanto en investigación como en materia de políticas de cuidado. Según los datos disponibles de la Organización Mundial de la Salud ([OMS] 2021) en el mundo cada año se quitan la vida más de 700 mil personas dando como resultado una muerte cada 40 segundos. En la población entre 15 y 29 años constituye la segunda causa de muerte. Se trata de un cómputo sobre suicidios consumados que nos brinda un marco para pensar en las relaciones entre sinsentido de las juventudes y el contexto sociocultural donde despliegan su subjetividad.

Las contribuciones teóricas de la sociología habilitan la comprensión de la naturaleza social del suicidio en relación con la producción de ciertas sensibilidades de época en torno a la muerte (Elias, 1989). A este respecto, el suicidio no puede ser interpretado como un mero acto de voluntad individual (Halbwachs, 1930) ni reducido a estados anímicos por fuera de los condicionamientos morales, económicos, religiosos, intelectuales, culturales y políticos de la estructura social (Durkheim, 2004 & Marx, 2012).

El recorrido por autores clásicos y contemporáneos de la teoría social nos permite recapitular algunos supuestos que abonan a nuestra hipótesis de que el suicidio es expresión de un dolor social que atraviesa la vida de las y los jóvenes.

Un supuesto de partida es que el suicidio se liga a las múltiples formas de injusticias de la Modernidad que reduce las posibilidades materiales y simbólicas de afirmarse en el presente y delinear un porvenir. La libertad y la felicidad que desde la perspectiva de Halbwachs (1930) constituyen las razones por las cuales los individuos luchan por vivir, en las sociedades de mercado se concretan a través de la obtención de bienes materiales como baluartes de la dignidad y el reconocimiento (Ahmed, 2019). Las expectativas de ser libres y felices se convierten en mandatos irrealizables, sobre todo, para las juventudes quienes históricamente han estado atravesadas por procesos de exclusión y marginalidad (Kaplan, 2020). La desigualdad como ordenamiento sociocultural configura identidades deterioradas signadas por sentimientos de humillación, miedo, vergüenza y soledad (Szapu et al., 2022). Tal como lo sostienen Pierella y Pidello (2021) el sufrimiento de las juventudes se significa ante la imposibilidad de otorgar sentidos al futuro debido a “la incertidumbre y precariedad como rasgos propios de los horizontes actuales, que adquieren mayor profundidad en sectores de alta vulnerabilidad social” (p. 91).

La frustración de las expectativas individuales y colectivas constituye una forma de violencia estructural difusa que puede volver proyectada sobre sí mismo debido a la desesperanza de vivir en un mundo injusto. Los intentos de suicidio y el suicidio propiamente dicho son formas de violencia que reportan los frágiles cimientos a partir de los cuales este grupo social busca obtener reconocimiento (Kaplan & Arevalo, 2021;

Korinfeld & Levy, 2024; Le Breton, 2020). Las experiencias dolorosas de autodestrucción pueden ser pensadas como una nueva forma de sacrificio, donde ya no se ofrenda la vida para salvaguardar a la comunidad, sino que se sacrifica al propio cuerpo ante la sensación de no haber podido encontrar un lugar en ella.

Un segundo supuesto es que los procesos de individualización social establecen limitaciones a la posibilidad de delinear una narrativa de sentido en el marco de un horizonte común. La fragilización de los vínculos humanos afecta de manera particular la constitución subjetiva de las juventudes que precisan de la estima y el reconocimiento de los otros, sobre todo, de los propios pares generacionales para su constitución identitaria. La desvinculación emocional como signo de época se ha agudizado a partir de la experiencia inédita de pandemia producida por el SARS-CoV-2, donde las y los jóvenes han sido quienes más han sufrido el debilitamiento de los soportes afectivos (Abramowski & Sorondo, 2022; Arias et al., 2023; Barriach et al., 2022; Di Piero & Chiappino, 2020; Dussel et al., 2020; Gonzalez & Chaves, 2023; Grinberg, 2022; Jacinto et al., 2022; Krichesky et al., 2022). En un escenario donde la muerte se tornó un fenómeno cotidiano, el miedo a morir y a la pérdida de un ser querido se configuraron como marcadores sociales de sus experiencias vitales (Szapu et al., 2022).

Un tercer supuesto es que el incremento del suicidio juvenil nos ofrece un marco de inteligibilidad acerca de las sociedades que habitamos, donde aquellos que se encuentran en el pleno florecimiento de su existencia ven a la muerte como una puerta de salida posible frente al sufrimiento. El suicidio en esta generación puede ser pensado como un trauma social por los efectos de daño en la memoria colectiva. No solo porque la muerte de un par debilita las redes de sociabilidad mediante las cuales construyen sentimientos de identidad y pertenencia, sino porque refuerza las fantasías y temores acerca de cómo tramitar los padecimientos que los conmueven (Elías, 1989 & Arevalos, 2021).

El malestar de vivir de las y los jóvenes ponen en evidencia los pocos espacios que les ofrecemos como sociedad para simbolizar el sufrimiento que deviene de imperativos de mercado difíciles de realizar, situaciones de violencia que recorren las esferas de la vida pública y doméstica, un creciente aislamiento social más allá de la

EDUCA UMCH, 26, enero - junio 2025

hipercomunicación que habilitan las redes sociales y la pérdida de los adultos de referencia que contribuyan al pasaje hacia la adultez. Estas “urgencias subjetivas” que los conduce a poner en juego a su propia existencia, interpela el lugar de las tramas institucionales de nuestras sociedades, particularmente, los modos de organización e implicación de los adultos que allí intervienen (Korinfeld & Levy, 2024).

Tomando en consideración que la escuela constituye uno de los principales espacios públicos de sociabilidad de la Modernidad, resulta preciso reivindicar su tarea invaluable de ayudar a elaborar el sufrimiento individual y colectivo que deviene de una vida desprovista de significado. Su fundamento ético y político de ampliar las posibilidades de inclusión, igualdad y justicia (cognitiva y afectiva) la posicionan como un lugar privilegiado donde se estructuran proyectos de vitales. En este aspecto, la escuela, lejos de ser un mero ámbito de reproducción en los estados anímicos, emocionales y morales de una sociedad determinada⁴, es un espacio de producción de sentidos, a partir del cual se construye un soporte existencial frente a los malestares de nuestra vida colectiva.

De acuerdo con Kaplan (2022) la escuela cuenta con un alto valor simbólico para la tramitación de las heridas sociales. El encuentro generacional e intergeneracional significado por vínculos de confianza mutua permite ensanchar la red afectiva donde los sujetos pueden mirarse a través de los ojos del otro. La mirada de reconocimiento es un componente medular de una cultura afectiva escolar que promueva una ciudadanía sensible y justa. Para esta autora, la justicia afectiva, entendida como el derecho al amor, la protección y al cuidado, se vincula con la ampliación de las oportunidades simbólicas, dirigidas a revertir el sentimiento de dolor que deviene de las sociedades del desprecio.

⁴ En este aspecto, tomamos distancia de lo afirmado por Durkhiem (2004) quien no considera que se pueden atacar las causas del suicidio mejorando a la educación. Según su perspectiva, ello sería atribuirle un poder que no tiene, dado que, si el medio moral donde se inscribe está “viciado”, los maestros no podrán imprimir una orientación diferente. A su vez, afirma que la escuela no deja de ser un medio artificial donde solo estamos un cierto tiempo y a medida que “la vida real” se apropia de nuestra existencia, su obra deja de tener poder sobre nosotros.

Aun cuando seamos conscientes de que la escuela no puede resolver los innumerables problemas que atañen a la vida colectiva, el abordaje del sufrimiento del estudiantado constituye un desafío de época para que en este espacio social no se profundice a partir de su invisibilización. La afectación recíproca de los actores institucionales produce un sentimiento compartido signado por la solidaridad, refiere a una posición subjetiva que deviene de un aprendizaje que la escuela está en condiciones de promover. Ponerse en el lugar del otro, sensibilizarse por lo que le pasa, habilitar las condiciones para socializar las emotividades son vías privilegiadas para que la comunidad educativa, en tanto comunidad emocional, posicione al cuidado de sí y al cuidado de los demás, como elementos vertebradores en la producción de narrativas de sentido.

Conflicto de intereses

El presente trabajo no presenta conflictos de intereses.

Responsabilidad ética

Certifico que el artículo es original y no ha sido publicado ni está en vías de serlo parcial o totalmente en otra revista. Declaro aceptar las normas de publicación de la Revista EDUCA UMCH para fines de corrección y hago constatar que cedo a esta los derechos de reproducción y difusión a nivel nacional e internacional, tanto por medios impresos como electrónicos.

Declaración sobre el uso de LLM (*Large Language Model*)

No se utilizó ningún mecanismo y/o procedimiento tecnológico en la redacción de la totalidad del manuscrito.

Financiamiento

La investigación fue realizada con recursos propios.

Correspondencias: darevalos@filo.uba.ar

Referencias

- Abramowski, A., & Sorondo, J. (2022). El enfoque socioemocional en la agenda educativa de la pandemia. Entre lo terapéutico y lo moral. *Revista Del IIICE*, 51, 63-79. <https://doi.org/10.34096/iice.n51.10739>
- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Arevalos, D. H., & Kaplan, C. V. (2020). *Emotividades sobre la muerte en el ámbito escolar. Un estudio socioeducativo sobre los sentidos que construyen jóvenes estudiantes de zonas urbanas periféricas* [Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.]. Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Arevalos, D.H. (2021). Memoria colectiva frente a la muerte de un par generacional. La elaboración del sufrimiento desde la perspectiva de jóvenes estudiantes. *Perspectivas em Diálogo: Revista De Educação E Sociedade*, 8 (17), 398-414. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/165872/CONICET_Digital_Nro.c9cba1b6-bcfe-4536-9186-8bcb408aede1_B.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Arevaslos, D.H. (2024). El suicidio como escena traumática en la vida escolar. Recursos pedagógicos para la sensibilización. C.V. Kaplan (Dir.). *La escuela como refugio*. Homosapiens.
- Arias, L. Di Leo, P., Paulín, H., & D' Aloisio, F. (2023). Ser jóvenes y sostenerse en la escuela. Soportes y reconocimientos en las existencias juveniles, *Revista Del IIICE*, 53,75-91. <https://doi.org/10.34096/iice.n53.11655>
- Barriach, C., Chaves, M., & Trebucq, C. (2022). Vidas juveniles populares en pandemia: entre `acá la cuarentena no existe` y `el día a día está imposible` Experiencias juveniles en tiempos de pandemia. En: P. Vommaro (Coord), *¿Cómo habitan la pandemia las juventudes y qué cambió en su vida cotidiana?* (pp.95-109). Grupo Editor Universitario.

- Cohen, D. (2012). *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*. Fondo de Cultura Económica.
- Di Piero, E., & Chiappino, J. (2020). Pandemia, desigualdad y nivel secundario: trayectorias de las políticas de virtualización a nivel subnacional durante 2020. *Propuesta Educativa*, 2 (54) ,42-58. <http://www.scielo.org.ar/pdf/pe/n54/1995-7785-pe-54-00042.pdf>
- Durkheim, E. (2004). *El suicidio. Estudio de sociología*. Losada.
- Dussel, I., Ferrante, P., & Pulfer, D. (2020). *Pensar la educación en tiempos de pandemia: entre la emergencia, el compromiso y la espera*. UNIPE.
- Elias, N. (1989). *La soledad de los moribundos*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Península.
- Elias, N. (2008). *Sociología Fundamental*. Gedisa.
- Gonzalez, F., & Chaves, M. (2023). Ampliar lo posible entre jóvenes, familias, organizaciones y Estado: soportes y trayectorias en FinEs y universidad. *Revista Del IICE*, 53,93-111. <https://doi.org/10.34096/iice.n53.11744>
- Grinberg, S. (2023). Me voy a caer mil veces, pero me voy a levantar. Cartografías urbanas de la desigualdad escolar. *Revista Del IICE*, 53, 13-30. <https://doi.org/10.34096/iice.n53.11653>
- Halbwachs, M. (1930). *Les causes du suicide*. Félix Alcan
- Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Miño y Dávila.

- Jacinto, C., Fuentes, S., & Montes, N. (2022). Interrelaciones entre desigualdades sociales y educativas en el nivel secundario. Una revisión teórica, multidimensional y (post) pandémica. *Propuesta educativa*, (57), 12-30. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S199577852022000100012&lng=es&tlng=es
- Kaplan, C. V. (2020). Emoción y capitalismo. En R. Espinoza Lolas y J. F. Angulo Rasco (Comp.). *Conceptos para disolver la educación capitalista* (pp. 147-158). Terra Ignota Ediciones.
- Kaplan, C.V. (2022). *La afectividad en la escuela*. Paidós.
- Kaplan, C.V., & Arévalos, D. (2021). La necesidad de soporte afectivo en jóvenes del sistema educativo. *Revista de Educación FHUNMDP*, XII (22), 193-208. https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/r_educ/article/view/4802
- Korinfeld, D., & Levy, D. (2024). *Autolesiones y situaciones de suicidio en adolescentes. Una perspectiva clínica ampliada. Herramientas para intervenir desde las instituciones*. Noveduc.
- Krichesky, M. et al. (2022). Educación secundaria en el ciclo pandémico. Una lectura desde las políticas educativas y la producción de conocimientos en el campo académico. *RELAPAE*, (16), pp. 54-66. <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/relapae/article/view/1380/1137>
- Le Breton, D. (2020). *Experiencias del dolor. Entre la destrucción y el renacimiento*. Topía.
- Marx, K. (2012). *Acerca del suicidio*. Las Cuarenta.
- Pierella, M. P., & Pidello, M. A. (2022). La escuela secundaria y el porvenir. Jóvenes de sectores populares en un momento de transición. *Revista Colombiana de Educación*, (86), 75-94. <https://doi.org/10.17227/rce.num86-12243>

OMS. (2021). Suicidio. Datos y cifras. Obtenido de <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>

Reyes-Ruiz, L., & Carmona, F. A. (2020). *La investigación documental para la comprensión ontológica del objeto de estudio*. Repositorio Digital. Universidad Simón Bolívar.

Szapu, E., Sulca, E.M., & Arevalos, D.H. (2022). El dolor social en tiempos de pandemia. Miedo y soledad de jóvenes estudiantes ante la pérdida de soportes afectivos. *Revista Educación, política y sociedad*, 7(2), 299-325. <https://doi.org/10.15366/rep2022.7.2.013>

Trayectoria Académica

Darío Hernán Arevalos

Doctor en Educación, Universidad de Buenos Aires (UBA) con Posdoctorado en la Universidad Estadual de Londrina (UEL-Brasil). Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Integrante del Programa de Investigación sobre “Transformaciones sociales, subjetividad y procesos educativos”; bajo la dirección de la Dra. Carina V. Kaplan (IICE-UBA). Ayudante de Primera, Cátedra de Teorías Sociológicas y Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA).